

que, no sabiendo, quiere aparentar que sabe, el que habla de la historia de todos los países, cita á Júpiter, Saturno, Osiris, Fo-hi, Confucio, Manco-Capac, Mahoma, y diserta sobre todas esas civilizaciones, sin conocerlas, como si las hubiese estudiado detenidamente, en las fuentes mismas, y no en extractos de su secretario ó en libros de segunda mano. Un día se metió en un mal paso: habiendo querido tomar en parte una polémica literaria, y abogar por la superioridad de los antiguos sobre los modernos, se creyó helenista y anticuario, contó los viajes de Pitágoras y la educación de Orfeo, apuntó la observación de que los antiguos sabios de Grecia «eran comúnmente excelentes poetas y grandes médicos; tan versados en la filosofía natural que, no sólo predecían los eclipses en el cielo, sino los terremotos y las tempestades, las grandes sequías y las grandes pestes, la abundancia ó la escasez de tales especies de frutas ó de granos», talentos admirables, y que hoy ya no poseemos nosotros. Amén de eso, deploró la decadencia de la música, «que antiguamente cautivaba á los hombres, á las bestias, á las aves y las serpientes, hasta el punto de transformar su naturaleza». Quiso enumerar los más grandes escritores modernos, y olvidó en su catálogo, «entre los italianos (1), á Dante, Petrarca, Ariosto y Tasso; entre los franceses, á Pascal, Bossuet, Molière, Corneille, Racine y Boileau; entre los españoles, á Lope y Calderón; entre los ingleses, á Chaucer, Spencer, Shakespeare y Milton»; en cambio, incluyó en la lista á Paolo Sarpi, Guevara, sir Philip Sidney, Selden, Voiture y Bussy-Rabutin, «autor de los *Amours de Gaul*». Por remate, declaró auténticas y admirables las fábulas

(1) Macaulay: *Estudio sobre William Temple*.

de Esopo, esa pesada redacción bizantina, y las cartas de Falaris, esa mala fabricación sofística: dos obras, según él, «que, siendo las más antiguas en su género, son también las mejoras en su género». En fin, para condenarse á sí propio sin remisión, apuntó gravemente que «algunos sabios, al menos de los que pasan por tales bajo el nombre de críticos, no habían reputado auténticas esas cartas; pero que se necesitaba ser un pintor muy mediano para no descubrir en ellas una pintura original. Tal diversidad de pasiones en tal variedad de hechos y circunstancias de la vida y del gobierno, tal libertad de pensamiento, tal valentía de expresión, tal liberalidad con sus amigos, tal desdén de sus enemigos, tal consideración hacia los hombres sabios, tal estima por las personas de bien, tal conocimiento de la vida, tal desprecio de la muerte, á la vez que tal dureza de genio y tal crueldad en la venganza, cosas son que nunca han podido manifestarse, sino por el que las ha poseído; y estimo á Luciano tan incapaz de escribir como de hacer lo que Falaris hizo» (1). Muy bella retórica; es sensible que un período tan bien hecho sirva para vestir tales tontorías. El aplauso universal con que se acogió esa bella hojarasca oratoria revela los gustos y la cultura, la insuficiencia y la cortesía de aquella sociedad cuya maravilla era Temple, y que, como Temple, no amaba de la verdad más que el barniz.

IV

Tales son las costumbres oratorias y cortesananas que van abriéndose paso al través de la orgía, y que á la

(1) *Of ancient and modern learning*, 469.

postre acaban por reinar. La corriente, de una manera insensible, se aclara y marca su camino, bien así como un río que, entrando violentamente en un nuevo cauce, se encrespa al pronto como una tempestad de cieno, y luego las aguas, aún fangosas, emprenden su curso para ir depurándose por grados. Esos libertinos tratan de ser personas distinguidas, y á veces lo consiguen. Wycherley escribe bien, con mucha claridad, casi á la francesa. Dapperwitt dice de Lucía en frases simétricas: «Es hermosa sin afectación, locuela sin grosería, enamorada sin impertinencia.» A veces es hasta ingenioso: sus *gentlemen* tienen comparaciones afortunadas. «Las amantes—dice uno—son como los libros: si os aplicáis á ellos demasiado, os entontecen y os vuelven ineptos para la vida social; pero, usándolos discretamente, sois mucho más hábiles para la conversación. Si—dice otro:—una amante debería ser como un tiro en el campo cerca de la ciudad, no para vivir en él constantemente, sino para pasar allí la noche de cuando en cuando. Y en seguida afuera para saborear mejor la ciudad al volver.» Esos hombres rinden culto al estilo, aun extemporáneamente, y á despecho de la situación ó de la condición de los personajes.

Un zapatero dice en Etheredge: «No hay nadie en la ciudad que viva con su mujer más á lo señor que yo. Yo no me preocupo nunca de sus salidas; ella no se informa jamás de las mías; nos hablamos cortésmente y nos odiamos cordialmente.» Cuanto pide el arte se halla en ese discursito, hasta la antítesis simétrica de palabras, de ideas y de sonidos. ¡Qué buen hablista ese satírico zapatero! Después de la sátira el madrigal. Tal personaje, en medio del diálogo y en plena prosa, describe «lindos labios mohinos bañados

por una leve humanidad, cual fresca rosa en su rama, antes de que el sol de la mañana seque todo su rocío». ¿No se ven ahí las graciosas galanterías de la corte? Rochester mismo nos las ofrece á veces. Dos ó tres de sus canciones figuran aún en las colecciones expurgadas para uso de las jóvenes púdicas. Por más disolutos que sean de hecho, á cada instante tienen que complimentar y saludar; delante de las mujeres que quieren seducir se ven obligados á murmurar ternezas y dulzuras; si no tienen más que un freno, la obligación de parecer bien educados, ese freno los retiene todavía. Rochester es correcto aun hablando inmundamente: no dice suciedades más que en el estilo hábil y sólido de Boileau. Todos esos libertinos quieren ser hombres de talento y de tono. Sir Carlos Sedley se arruina y se degrada, pero Carlos II le llama «el virrey de Apolo»; Buckingham exalta «la magia de su estilo». Es el más encantador y el más buscado entre los maestros de la conversación familiar; hace frases y también versos, siempre agradables, á veces delicados; maneja diestramente la almibarada parla mitológica; insinúa en ligeras cancioncillas todas esas ternezas refinadas que son como las golosinas de los salones. «Mi pasión—dice á Cloris—crecía con vuestra belleza, y el amor, al par que su madre os favorecía, lanzaba á mi corazón un nuevo dardo inflamado. Los dos empleaban todo su arte amoroso: él para hacer un amante; ella para hacer una beldad.»

No hay el menor asomo de amor en esas galanuras; se aceptan como se ofrecen, con una sonrisa; forman parte del lenguaje obligado, de las atenciones que los caballeros tienen con las damas; me figuro que se enviaban por la mañana con el ramo ó con la caja de confites. Roscommon escribe composiciones sobre un

perrillo muerto y sobre el constipado de una joven; ese perverso constipado la impide cantar; ¡maldito invierno! Y acto continuo la toma con el invierno, llenándole de apóstrofes. Se ven aquí los entretenimientos literarios de la vida mundana; todo se toma á la ligera, alegremente, empezando por el amor y acabando por el peligro. La vispera de una batalla naval, Dorset, en medio del oleaje y de los vaivenes del buque, dirige á las damas una canción célebre, donde no hay nada serio, ni los sentimientos ni las ideas; es como una serie de coplas que se tararean de pasada alegremente, y en que no vuelve á pensarse un minuto después. «Sobre todo—las dice Dorset—cuidado con la inconstancia! Bastante tenemos aquí con el mar.» Y en otra parte: «Si los holandeses supiesen nuestra situación, vendrían corriendo; ¿qué resistencia les opondrían quienes se han dejado en casa los corazones?» Luego siguen bromas demasiado inglesas: «No nos creais infieles, si no os escribimos todos los correos. Nuestras lágrimas tomarán un camino más corto: la marea os las llevará dos veces al día.» He ahí lágrimas no muy tristes; la dama las mira, como el amante las vierte, con humor jovial; está en su palco (él lo sospecha y lo escribe), ofreciendo su blanca mano á otro que la besa, ó coqueteando con su abanico. Dorset no se affige gran cosa, y sigue jugando con la poesía, sin exceso ni asiduidad, al correr de la pluma, escribiendo hoy una copla contra Dorinda, mañana una sátira contra Mr. Howard, siempre con facilidad y sin estudio, como un verdadero gran señor. Es conde, chambelán, rico; pensiona y protege á los poetas, pero sin apasionarse por ellos, sino sólo por distraerse. El duque de Buckingham hace lo mismo y lo contrario: acarica al uno, parodia al otro, se

atrae sus adulaciones y sus burlas, y acaba por conseguir que Dryden le retrate de mano maestra, pero sin favorecerle. Se han visto en Francia esos pasatiempos y esos desahogos, las mismas costumbres y la misma literatura, porque en Francia se encuentra también la misma sociedad y el mismo espíritu.

Entre esos poetas descuella en primera línea Edmundo Waller, que vivió y escribió así hasta los ochenta y dos años; hombre de talento, distinguido, acostumbrado al trato con los grandes, dotado de tacto y previsión, pronto en las réplicas, difícil de desconcertar; pero hombre también de sensibilidad mediana, acostumbrado á cambiar de partido y poco preocupado por el recuerdo de sus veleidades; en resumen: el verdadero modelo del hombre mundano y cortesano. El es quien, habiendo alabado primero á Cromwell y después á Carlos II, pero menos bien á éste que al otro, respondía para disculparse: «Los poetas, señor, son más afortunados en la ficción que en la verdad.» Con tal género de vida, las tres cuartas partes de los versos son de circunstancias: constituyen la moneda menuda de la conversación ó de la lisonja; su insignificancia corre parejas con la de los sucesos y sentimientos que los inspiran. Tal composición versa sobre el te; cuál sobre un retrato de la reina; no hay más remedio que hacer la corte, aparte de que «Su Majestad ha pedido los versos». Una dama le regala una pluma de plata, y allá va en rima la expresión de su gratitud. Otra puede dormir á voluntad; al momento una copla festiva. Un poco más adelante se encontrarán versos á la condesa de Carlisle acerca de su cuarto, pésame á lord Northumberland por la muerte de su mujer; un donaire sobre una señora que se ha visto estrujada entre la multitud; una respuesta, es-

trofa por estrofa, á versos de sir John Suckling. Coge al vuelo las frivolidades, las noticias, las oportunidades, y su poesía no es más que una conversación escrita; se entiende: la conversación entablada en el baile, cuando se habla por hablar, levantando un rizo de la peluca ó dando vueltas á un guante.

La galantería, como es de rigor, ocupa la mayor parte, y ya se comprende que el amor no brilla allí por lo sincero. En el fondo, Waller suspira con reflexión (Sacharissa tenía una buena dote); cuando menos, por conveniencia; lo que más salta á la vista en sus poemas tiernos es que desea escribir con soltura y rimar bien. Es afectado, exagera, pone en prensa el ingenio, es autor. Se dirige á la doncella, «su compañera de servidumbre», no atreviéndose á dirigirse á Sacharissa misma. «No de otro modo, en las naciones que adoran al sol, un humilde persa, un moro de vista debilitada, no se atreven á dirigir sus ojos deslumbrados más allá de la dorada nube que, próxima á la luz del dios glorioso, adorna el cielo oriental, y, honrada con sus rayos, excede en esplendor á todo lo restante.» ¡Buena comparación! Eso es lo que se llama una reverencia bien hecha; supongo que Sacharissa responde con otra reverencia no menos correcta. Sus desesperaciones son del mismo gusto; atruena con sus gritos los paseos de Penshurst», cuenta su pasión á las hayas», y las hayas, bien educadas, «inclinan compasivamente la cabeza». Es probable que su mayor cuidado, en esos paseos dolorosos, fuese no mojarse los zapatos de tacones. Esos transportes de amor ponen en juego la tramoya clásica, Apolo, las Musas; Apolo se enoja al ver que se maltrata á uno de sus servidores, le dice que se marche, y él se marcha, en efecto, diciendo á Sacharissa que es más dura que

una encina y que ha nacido de una peña. Lo que hay de positivo en todo esto es la sensualidad, no una sensualidad ardiente, sino alegre y ligera. Composición hay *sobre una caída*, que hubiese podido escribir un abate de corte bajo Luis XV: «No os sonrojéis, hermosa, no pongáis ceño. ¿Qué podía hacer el amante ¡ay!, sino rendirse cuando sobre él se apoyaba todo su cielo? Si algún mal hizo, fué dejar que tan pronto os levantarais.» Otras expresiones se resienten del medio y no son muy delicadas. «Amoret—exclama el poeta—vos tan dulce, tan buena como el manjar más delicioso, que, apenas gustado, derrama en el corazón la vida y la alegría.» A mí, si fuese mujer, no me agradaría que me comparasen á un *beefsteak*, aun de lo más apetitoso; no me agradaría más que me igualaran, como á Sacharissa, al buen vino que se sube á la cabeza: es demasiado honor para el Porto y para la carne. Aquí y en otras partes se descubría el fondo inglés; por ejemplo: como la hermosa Sacharissa, que no era hermosa ya, preguntase á Waller si escribiría aún versos para ella: «Sí, señora—respondió él;—cuando seáis tan joven y tan hermosa como en otro tiempo.» He ahí motivo sobrado para escandalizar á un francés. Waller, con todo, es amable comúnmente; en torno de sus versos flota, como una gasa, una especie de luz brillante; es elegante siempre, atractivo á menudo. Ese atractivo es como el perfume que se desprende de la alta sociedad: las galas vaporosas, los adornados salones, la abundancia y selección de todas las comodidades delicadas, infunden en el alma una especie de dulzura que se traduce al exterior en complacencias y sonrisas. Complacencias y sonrisas vemos en Waller, y de las más cariñosas, á propósito de un botón, de un cinturón, de una

rosa. Para esa especie de ramilletes, se prestan muy bien su mano y su arte. Hay una galantería exquisita en sus estancias á la jovencuela Lucía Sidney con motivo de su edad. ¿Y qué más atractivo para un hombre de salón, que ese fresco capullo de juventud, aún cerrado, pero que ya enrojece y va abrirse? «Sin embargo, no desdefiéis, encantadora flor, esa edad que vais á conocer tan pronto: la suave luz de la rosada mañana cede su puesto al esplendor del medio día.» Todos sus versos fluyen con una armonía, una limpieza, una soltura continuas, sin que jamás su voz se eleve, ni desentone, ni olvide el acento justo, si no es por la afectación elegante que altera uniformemente todos los tonos para suavizarlos. Su poesía se asemeja á una de esas beldades atildadas y melindrosas que inclinan la cabeza y murmuran con aflautada voz vulgaridades que no piensan ni por asomo; beldades que agradan, sin embargo, á pesar de lo excesivamente recompuestas, y que agradarían del todo, si no se preocupasen de agradar siempre.

Y no es que estos hombres no puedan tocar los asuntos graves; pero los tocan á su manera, sin seriedad ni profundidad. Lo que más falta al hombre de corte es la verdadera emoción de la idea inventada y propia. Lo que más interesa al hombre de corte es la exactitud de la decoración y la perfección de la apariencia externa. Miran poco al fondo y mucho á la forma. En efecto, la forma es lo que toman por asunto en casi todas sus poesías serias. Son críticos; formulan preceptos; hacen *artes poéticas*. Denham primeramente, después Roscommon, en un poema completo enseñan el arte de traducir bien los versos. El duque de Buckingham versifica un *Ensayo de la poesía* y un *Ensayo sobre la sátira*. Dryden ocupa el primer puesto en-

tre esos pedagogos, que, como Dryden, también se hacen traductores y amplificadores. Roscommon traduce el *Arte poética* de Horacio, Waller el primer acto de *Pompeyo*, Denham fragmentos de Homero, de Virgilio y un poema italiano sobre *la justicia y la templanza*. Rochester compone un poema sobre *el hombre* al estilo de Boileau, una epístola sobre *la nada*; Waller, el enamorado, fabrica un poema didáctico sobre *el temor de Dios*, y otro en seis cantos sobre *el amor divino*. Son ejercicios de estilo. Esos hombres toman una tesis de teología, un lugar común de filosofía, un precepto de poesía y le desarrollan en prosa medida y rimada. No inventan nada, no sienten gran cosa, y no se ocupan más que en hacer buenos razonamientos con metáforas clásicas, en términos nobles, según un patrón convenido. La mayoría de los versos consisten en dos sustantivos provistos de sus epítetos y enlazados por un verbo, á la manera de los versos latinos de colegio. El epíteto es bueno: ha sido menester hojear el *Gradus* para encontrarle, ó, como quiere Boileau, llevar el verso por concluir en la cabeza y meditar una hora en pleno campo hasta encontrar en las profundidades de un bosque la palabra fugitiva. Se bosteza pero se aplaude. A ese precio llega una generación á formar el estilo elevado, que es indispensable para vestir, publicar y probar las grandes cosas. En el interin, esos escritores, con su dicción exornada, ceremoniosa, y sus pensamientos postizos, son como gentileshombres llenos de bordados y de medida, que asisten á un matrimonio regio ó á un bautismo augusto, con la cabeza vacía, con aire grave, con la corrección y las ideas de un maniquí.